

**CRÓNICAS**  
**COLOQUIO INTERNACIONAL**  
***IDENTITÉS FRANCISCAINES***  
***À L'ÂGE DES REFORMEES***

# «Culturas y prácticas políticas en la España contemporánea (siglo XVIII-1936)»

Seminario de la Casa de Velázquez (11-13 de noviembre de 2002)  
Coordinación: Benoît Pellistrandi (Casa de Velázquez)  
y Jean-Philippe Luis (CHEC, Université Blaise Pascal, Clermont-Ferrand)

## RESUMEN

Insertado en la corriente denominada Nueva Historia Política, el presente seminario se centró en tres temas fundamentales: la definición de lo político en el siglo XVIII, el nacimiento de nuevas estructuras de poder en el siglo XIX y las prácticas políticas en la sociedad de masas.

## PALABRAS CLAVE

Política  
Poder  
Estado

## ABSTRACT

Attending the aims of the New Political History, three main subjects were discussed in this seminar: the concept of politics in Eighteenth century, the birth of new structures of power in Nineteenth century and the new political strategies in modern society.

## KEY WORDS

Politics  
Power  
State

El seminario que se celebró en la Casa de Velázquez del 11 al 13 de noviembre de 2002 se encuadra en el marco de la renovación de la historia política que, desde finales de los años 80, ha tenido una importante acogida en la historiografía europea. Este «retorno de lo político», como señala Jean-François Sirinelli, se basa en un rechazo en las grandes interpretaciones de tipo universal y, por el contrario, se acentúa los casos particulares y concretos, analizando el sentido que los actores atribuyen a sus propios actos. Por esta razón, «el historiador remonta la vena de la media y corta duración del presente y comparte en ocasiones idénticos campos que el sociólogo o el antropólogo de los que adopta la visión, los objetos y los métodos» (Daniel Cefaï). De manera que la nueva historia política no se caracteriza por una metodología única sino por una variedad en las aproximaciones metodológicas, y la historia cultural de lo político representa una de sus variantes más fecundas como indica Rafael Cruz: «la cultura política —dice— ordena la historia y la realidad, ofreciendo unidades relativamente coherentes que incluyen el pasado, el presente y el futuro».

El seminario «Culturas y prácticas políticas en la España contemporánea (siglo XVIII-1936)» se dividió en tres sesiones. En la primera, presidida por María Victoria López Cordón,

se trató de definir lo que fue la política en el siglo XVIII; con intervenciones de Pablo Fernández Albaladejo, Antonio Mestre, Jean-Pierre Dedieu, Gloria Franco Rubio, y Christian Windler. En la segunda se abordó la cuestión del nacimiento de la modernidad política, con la participación de Richard Hocquellet, Jean-Philippe Luis, Isabel Burdiel, Manuel Suárez Cortina y Jordi Canal. La última sesión, titulada «retos y rupturas en la era de las masas» y presidida por Javier Moreno Luzón, fue marcada por las ponencias de Luis P. Martín, Isabelle Renaudet, Stéphane Michonneau, Paul Aubert y Pedro Carlos González Cuevas.

Más allá de las diversidades de las épocas evodadas por las ponencias y de los métodos empleados, fueron revelados una serie de temas esenciales que representan los ejes de la historia política que se hace hoy día en el campo cronológico elegido.

— Los debates subrayaron la dificultad de definir las culturas políticas durante la época moderna, lo que llevó a Jean-Pierre Dedieu afirmar que no se puede separar prácticas y culturas políticas. Como subrayó Pablo Fernández Albaladejo, la política es práctica. Las ponencias consagradas a los orígenes de la Revolución Liberal (Richard Hocquellet y Jean-Philippe Luis) pusieron también de relieve la dificultad inherente de diferenciar prácticas y culturas políticas. Sin embargo, la diferenciación parece más nítida al final del siglo XIX: examinando la cultura de las izquierdas, Paul Aubert entiende que una identidad de izquierda corresponde más a una cultura que a unas prácticas políticas. No obstante e incluso en este periodo, la confusión persiste; por lo que se hace necesaria una clarificación. De hecho, se tiende a oponer prácticas y principios políticos cuando ambos forman parte de una cultura política. Javier Moreno Luzón lo recordaba al evocar Romanones, quien justificaba sus prácticas políticas clientelares, aparentemente contradictorias con sus principios políticos, por la falta de madurez política del pueblo.

— Las culturas políticas se definen en función de un espacio político y en función de unos recursos legítimos para utilizar este espacio. La reflexión dejó al margen una definición de los espacios políticos de decisión y de su evolución, para insistir en los espacios políticos de debate. En el XVIII, los espacios tradicionales de debate, en particular las Cortes, se reducen drásticamente pero aparecen nuevos espacios que cuentan con el apoyo de la monarquía. Esos nuevos espacios muy famosos (Sociedades Económicas de Amigos del País, Academias...) suscitaron el nacimiento de una nueva sociabilidad que fraguó, como dijo Gloria Franco, nuevas prácticas culturales y participó en la remodelación de las redes de poderes porque los actores de las nuevas sociabilidades se apropiaron del proceso.

¿Cuáles eran los temas de debate en los nuevos espacios públicos? Normalmente poca: nada sobre el equilibrio de los poderes, tampoco sobre la política internacional. Lo nuevo, como indicaron Pablo Fernández Albaladejo y Jean-Pierre Dedieu, fue la voluntad de la monarquía de integrar la *policía* (en el sentido que tenía durante el Antiguo Régimen; es decir, el bien estar de las gentes, la economía:...) al campo de los debates posibles en los nuevos espacios de sociabilidad.

El espacio político en el Antiguo Régimen se abre realmente con la guerra. Con su ponencia sobre los austracista, Antonio Mestre indicó cómo en el caso valenciano, la

Guerra de Sucesión suscitó un amplio debate acerca de los modos de funcionamiento del Estado monárquico. Con la victoria de los Borbones el debate continúa pero ya no es público. Con la Guerra de la Independencia se abre de nuevo el debate, pero con un mayor número de fuerzas políticas debido a la ausencia del rey. Era, por lo tanto, más que necesario desarrollar el debate político; es decir, interpretar en qué podía consistir la devolución del poder frente al vacío de poder real. Según Richard Hocquellet, se recurrió en los inicios del debate a la antigua cultura política del pactismo antes de afirmar más tarde la soberanía nacional. El peso del pactismo siguió estando presente durante el siglo XIX, pese a la implantación del régimen liberal. Stéphane Michonneau, en su ponencia sobre las culturas políticas en Barcelona revela su supervivencia en el proyecto liberal-provincialista de las élites catalanes de los años 1880. Sin embargo, el régimen liberal permitió, a pesar de las obstrucciones, una amplia expansión de los espacios de opinión. Aparte de otros espacios que ya conocemos muy bien, Isabelle Renaudet describió, con el ejemplo del cuerpo de médicos de Gerona, cómo las culturas profesionales que se elaboraron entorno a organizaciones corporativas podían desembocar en actividades políticas.

— La secularización representa un eje fundamental en la evolución de lo político en España. Se inicia a principios del XVIII cuando se temía «un absolutismo sin Dios» (Pablo Fernández Albaladejo). Christian Windler, en sus investigaciones innovadoras, indicó cómo el primer acto diplomático español con una potencia musulmana en 1767 representó un cambio cultural. Mientras que franceses e ingleses firmaban tratados con las potencias musulmanas, España seguía considerándolas como potencias heréticas con las cuales no se podía firmar una paz o un tratado de comercio. El cambio de 1767 y los tratados que se firmaron después generaron un cambio cultural de los diplomáticos, empezando así una secularización de la cultura diplomática.

En el siglo siguiente, la secularización conflictiva generó un anticlericalismo plural (ateo, católico liberal y krausista) que para Manuel Suárez Cortina representa «un eje de la transformación política». La debilidad del proceso de secularización desencadenó la violencia política. El anticlericalismo en su pluralidad, como afirmó Paul Aubert, se convirtió en una característica esencial de la cultura de la izquierda, una cultura que insiste sobre la necesidad de respeto de la libertad de conciencia. Es una diferencia fundamental con la cultura de la derecha que confunde anticlericalismo con descristianización. Una confusión que parece normal en el carlismo o el neocatolicismo que siguieron con una visión organicista de la sociedad (Jordi Canal). Pero la confusión existió también, dijo Pedro Carlos González Cuevas, en la totalidad de la derecha que nunca pudo extraerse de sus raíces católicas, lo que impidió la existencia de un conservadurismo laico, incluso en el canovismo. Esta dificultad a pensar un mundo político sin Dios puede vincularse con la dificultad a pensar la Nación: la derecha y la Iglesia pensaban en formar católicos antes de formar españoles (Manuel Suárez Cortina).

— A continuación, el seminario puso de relieve la importancia de las representaciones en las culturas políticas. Al principio de la Guerra de la Independencia, la representación del rey

con un cuadro o un busto fue una necesidad movilizadora y que ilustra la cultura política del Antiguo Régimen (Richard Hocquellet). El fracaso de estas representaciones impidieron la presencia de otras representaciones movilizadoras. La reina Isabel II quiso, pero no pudo, representar la Nación. Los mismos moderados, señaló Isabel Burdiel, tuvieron un papel importante en este fracaso al defender la reina, pero como barrera contra la democracia. Por otro lado, al desconfiar de la reina como mujer y como Borbón, difundiendo los escándalos de la vida privada de la reina, los moderados anularon toda representación posible de la Nación y la representación de la Nación se disuelve. Así, se impuso la necesidad de inventar otras formas de representaciones. El ejemplo de Barcelona estudiado por Stéphane Michonneau, lo ilustra perfectamente. Después del fracaso del proyecto liberal provincialista, el proyecto regionalista compite con el proyecto republicano. El éxito del primero se basa en la capacidad de los regionalistas en inventar nuevos símbolos y a utilizar, a partir de los últimos años del siglo XIX, la conmemoración como instrumento de integración y de movilización de nuevas capas sociales (clase media y urbana).

— Por último, el papel de las experiencias comunes subrayado por Luis P. Martín representa un tema que necesitaría nuevas investigaciones en torno a dos aproximaciones: la primera, privilegiando la socialización como motor de la politización (Luis P. Martín) y la segunda, subrayando el papel de la memoria como agente activo en una cultura política (Stéphane Michonneau). Estas experiencias pueden producirse a través de acontecimientos políticos: el miedo a la revolución francesa que se confunde con Napoleón y la Guerra de la Independencia (el jacobinismo, nos recordó Paul Aubert era definido como «demagogo, sanguinario») y a la revolución cantonalista representan mitos movilizadores mucho más allá de la derecha, como recordó Manuel Suárez Cortina. De igual manera se puede considerar el Sexenio Revolucionario como un espejo de las experiencias políticas. El papel de la experiencia puede también aproximarse en términos generacionales (Luis P. Martín): por ejemplo ciertos aspectos de la cultura de la izquierda se vinculan con experiencias del exilio (Paul Albert); experiencia del exilio vivido también por los carlistas en Venecia o Trieste (Jordi Canal). Si un acontecimiento puede actuar como socialización previa (Luis P. Martín), el papel de la experiencia puede también aproximarse en términos asociativos con las sociedades ilustradas (Gloria Franco) donde se encuentran —según Cadalso— los verdaderos amigos; o en términos profesionales: Jean-Philippe Luis, indicó la permanencia —hasta el final de los años treinta del siglo XIX— de una cultura política en los empleados públicos que se apoya en la experiencia de la vida administrativa. Pero también se puede dar a partir de una socialización doble: cultural y profesional, como subrayó Isabelle Renaudet con las asociaciones corporativas de los médicos.

Los debates, sin embargo, insistieron sobre la necesidad de matizar el papel de las experiencias: únicamente en ciertas ocasiones pueden dichas experiencias convertirse en elementos de una cultura política. La política constituye experiencias o la experiencia hace la cultura política, preguntó Isabel Burdiel insistiendo sobre la necesidad de distinguir causas y consecuencias.

Poniendo de relieve la diversidad de las aproximaciones en la renovación de la historia política de España, este seminario nos indicó que no existe una diferencia muy marcada entre una tradición historiografía francesa más sensible a una historia intelectual o a una historia de las representaciones, y una tradición historiográfica española más interesada por las teorías anglosajonas. En este campo, los intercambios metodológicos existen y resultan fructuosos. La diferencia más marcada aparece entre los métodos utilizados por los especialistas del Antiguo Régimen y por los de los historiadores de la época contemporánea. Cada periodo tiene su particularidad, pero un acercamiento metodológico más fuerte entre ambos periodos, por ejemplo, en la búsqueda de los mecanismos concretos de devolución del poder a todos los niveles, pudiera diseñar aproximaciones de gran interés.